



REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Callahan, Kevin J.: *Demonstration Culture. European Socialism And The Second International, 1889-1914*, Leicester, Troubador Publishing, 2010.

Sofia Seras

PIHA - Universidad de Buenos Aires

sofiaseras@yahoo.com.ar

Fecha de recepción: 12/06/2014

Fecha de aprobación: 15/06/2014

El socialismo internacional se constituyó hacia fines del siglo XIX en un movimiento político y social de masas de gran envergadura. Ello se debió, en gran medida, a la organización de la Segunda Internacional, que se convirtió en un espacio de sociabilidad para los socialistas de distintas naciones así como también en un marco para la discusión de ideas y de tácticas de lucha y para la toma de decisiones colectivas. Por su relevancia, la Segunda Internacional es un capítulo obligado en cualquier historia del movimiento obrero internacional, así como también se constituye en un tema en sí mismo. En este último sentido, podemos pensar al reciente libro de Kevin J. Callahan, *Demonstration Culture. European Socialism And The Second International, 1889-1914*, que nos conduce a problematizar el análisis sobre la Segunda Internacional a partir de un abordaje realizado desde una perspectiva interdisciplinaria, que cruza los aportes efectuados en las últimas décadas tanto por la historiografía como por las ciencias sociales¹.

¹ El autor es Doctor por la Universidad de Indiana y se desempeña como Profesor de Historia de la Universidad de Saint Joseph, Connecticut.

Callahan comienza su libro relatando el encuentro de un conjunto de líderes socialistas llevado a cabo los días 29 y 30 de julio de 1914 en Bruselas, quienes estaban reunidos con el fin de decidir el curso de acción que tomaría la Internacional Socialista frente a la creciente amenaza del estallido del conflicto bélico. Mientras la intervención de Víctor Adler se basaba en los problemas que estaba sufriendo el partido austríaco y en la imposibilidad de que el congreso socialista internacional se realizara en Viena tal como se había planeado, Hugo Hasse trataba de dar un impulso de optimismo, y llamaba a adelantar el congreso socialista internacional, que ahora se haría en París, y a acompañarlo con manifestaciones de masas a fin de impedir la guerra. A partir de esa coyuntura crítica Callahan formula los siguientes interrogantes: ¿cómo la noción de demostración vino a articular el discurso de las opciones disponibles que tenía la Internacional en la víspera de la Primera Guerra Mundial? ¿Qué significaban las demostraciones en ese contexto? ¿De qué manera la noción de demostración ayuda a entender al mayor movimiento social internacional de masas del siglo XIX? Estas preguntas atraviesan el conjunto de la obra, en la que el autor se propone realizar un estudio cultural de la Segunda Internacional (p. xii).

Callahan sostiene como tesis central de su investigación, que la Segunda Internacional (1889-1914) creó una cultura política de masas caracterizada por el uso de la demostración. Ello le permitió exhibir una imagen unitaria y efectiva de la solidaridad socialista en la esfera pública, mientras promovía un sentido de propósito común y de fraternidad hacia adentro del movimiento socialista internacional, en medio de la gran diversidad ideológica, nacional y cultural de sus secciones. El autor considera, por ello, que el socialismo internacional en la época de la Segunda Internacional se puede definir como un movimiento performativo inter-nacional de demostración simbólica (p. xii). En este sentido, señala que la identidad colectiva del socialismo internacional era fluida y performativa en términos de autodefinición y en relación con otros actores sociales y a cómo estos veían a la Segunda Internacional (p. xv). De este modo se destaca en su investigación el carácter instrumental de la cultura de la demostración, dado que para el autor, a través de un conjunto variado de prácticas ritualizadas, la Segunda Internacional consolidaba su identidad y reforzaba los lazos entre sus miembros, ganaba nuevos adherentes y proyectaba una imagen de poder que buscaba intimidar a sus enemigos burgueses, capitalistas e imperialistas.

Hay una preocupación de Callahan por colocarse en un lugar crítico respecto de la historiografía tradicional sobre la Segunda Internacional. En este sentido, sostiene que la historiografía convencional sobre ésta —en la que incluye los trabajos de James Joll, G.D.H. Cole, Julius Braunthal y M.M. Drachkovitch, entre otros— orbita sobre las disputas ideológicas y políticas, enfatizando las divisiones internas y los conflictos. Según el autor, el énfasis en el conflicto no permite explicar por qué la Segunda Internacional duró hasta 1914, ni cómo fue capaz de haber movilizad o a grandes cantidades de personas en las manifestaciones pacifistas que impulsó. Asimismo, hace una crítica a la historiografía que se centra en el análisis de las disputas ideológicas, en tanto que considera que ésta se concentra en una historia desde arriba, basada en el análisis de los pensamientos de los líderes del socialismo de la época. El autor se propone, en cambio, hacer un balance entre historia desde arriba e historia desde abajo, a partir de considerar tanto a los líderes como a las bases del socialismo internacional.

Callahan hace dialogar, a lo largo de su investigación, a un conjunto variado de herramientas heurísticas provenientes de distintas disciplinas. De este modo, su enfoque, cultural en sentido amplio, da cuenta de una interdisciplinaria que lo vincula con la antropología, la sociología, la ciencia política, la teoría comunicacional, el análisis del discurso y la teoría teatral. Lo que nos remite a los trabajos de Emile Durkheim, Clifford Geertz, Maurice Agulhon, George Mosse, Benedict Anderson, entre muchos otros científicos sociales e historiadores. De este modo, cobran importancia las prácticas, la sociabilidad, los carteles, las banderas, las canciones, los discursos, las puestas en escena, los usos públicos de la calle, la propaganda y los medios masivos de comunicación. El incisivo análisis que realiza Callahan de este conjunto variado de aspectos nos permite recrear el universo simbólico que articuló la identidad del socialismo europeo organizado en la Segunda Internacional.

El término “demostración” es concebido por el autor en sentido amplio, cercano a la práctica de mostrar, manifestar, expresar. Callahan se propone entonces iluminar cómo el socialismo internacional articulaba y practicaba una cultura de la demostración en una variedad de formas y medios, para lo cual toma elementos de las tipologías de las demostraciones propuestas por el historiador Danielle Tartakowsky y por los politólogos Pierre Favre y Michael Offerlé. En el análisis de la multiplicidad de formas de demostración, el autor contempla las acciones de una diversidad

de actores, tanto individuales como colectivos. El autor sostiene que los actores típicos son los demostradores y las fuerzas del orden. Tiene también presente la importancia del público que estaba tanto a favor como en contra de las demostraciones, y a los observadores.

En la obra de Callahan se ve un trabajo exhaustivo sobre distintos componentes de la cultura de la demostración de la Segunda Internacional, realizado a partir del análisis de una gran variedad de fuentes que se precisan al final de la misma, entre las que se destacan la prensa periódica, tanto socialista como no socialista; discursos, manifiestos y resoluciones vinculados a los congresos de la Segunda Internacional; y correspondencia y memorias de los líderes del socialismo internacional. Si bien el autor contempla el trabajo con fuentes iconográficas, no las trabaja con la misma profundidad que las fuentes escritas, y no hay ninguna imagen reproducida a lo largo de la obra.

El análisis está dividido en tres partes que, a su vez, se dividen en capítulos, cada uno de los cuales tiene su respectivo apartado de notas. En la primera parte el autor repone el contexto y el proceso de construcción de la Segunda Internacional. Señala tanto las dificultades que atravesaron a la organización en sus primeros años como los progresos que se hicieron para manejar los conflictos. Las disputas se daban tanto en el plano ideológico como a nivel simbólico. Algunos de los focos de conflicto más significativos analizados en el libro son: los enfrentamientos entre socialistas y anarquistas en los primeros años; los conflictos que se dieron al interior del socialismo francés; las tensiones en las relaciones de fuerza entre los movimientos francés y alemán; y las discusiones sobre las tácticas de lucha antimilitarista. Sin desconocer el carácter conflictivo del movimiento socialista internacional, Callahan da cuenta de las innovaciones que se dieron para limitar dichos conflictos. Entre ellas destaca el carácter ambiguo de las resoluciones, que buscaban conciliar y no dejar a ningún sector afuera del movimiento (salvo a los anarquistas, a los que se alejó tempranamente), el uso de procedimientos en los congresos para relegar el disenso a comisiones que estuvieran fuera de la mirada pública, y la creación del Buró Socialista Internacional en el año 1900, que fue eficaz para mediar en los conflictos.

También en la primera parte, el autor dedica un extenso capítulo al análisis de las variadas representaciones sobre la Internacional presentes en la esfera pública, a partir del trabajo con

fuentes de la prensa periódica francesa y alemana, tanto socialista como no socialista. El autor analiza a cada artículo o editorial como un tipo de “demostración en papel” de Offerlé. En este sentido, Callahan realiza un análisis del seguimiento realizado por la prensa periódica francesa y alemana de cada congreso socialista internacional. El autor realiza comparaciones de las distintas representaciones de la Segunda Internacional presentes en el interior de las dos naciones en las que el movimiento socialista era más fuerte, así como también hace un análisis comparativo de los casos francés y alemán. Sería interesante completar el cuadro tomando al conjunto de las representaciones presentes en otras naciones europeas que formaban parte de la Segunda Internacional, así como también incorporar al análisis a los movimientos socialistas no europeos que también se vinculaban con la organización.

La segunda parte del libro está dedicada al análisis y la descripción de los congresos socialistas internacionales que, según el autor, fueron transformándose cada vez más en espectáculos públicos masivos de demostración para promover la unidad y expandir la audiencia (p. 80). Allí el autor aborda tanto los preparativos de los congresos como la sociabilidad que se ponía en funcionamiento a partir de la puesta en marcha de los mismos y los *tours* de propaganda que se realizaban antes y después, en los que los máximos referentes del socialismo internacional difundían sus ideas buscando afirmar las bases y sumar nuevos adherentes. Callahan también dedica un capítulo a tres momentos muy significativos de los congresos socialistas internacionales: el ritual de la recepción, la ceremonia inaugural y la demostración de masas. El ritual de la recepción ponía en funcionamiento un conjunto de prácticas de sociabilidad que buscaban alabar y dar honores a los invitados, y hacerlos sentir especiales. Por su parte, la ceremonia inaugural era un momento colectivo de solemnidad para todos los delegados, que contribuía a la afirmación de la unidad del movimiento. En la performance de la demostración de masas los delegados eran introducidos a la clase obrera, y ésta podía ser testigo de sus representantes. De este modo, el autor da cuenta de cómo, a través de estos tres momentos, tanto los líderes como el conjunto de los delegados y las masas eran incorporados a la experiencia del congreso (pp. 111-112). Callahan señala que si pensamos en una política teatral, el conjunto de esos tres momentos constituirían el primer acto, una impresionante escena de obertura. Por su parte, los momentos simbólicos espontáneos, el homenaje a los muertos y el simbolismo del congreso ayudaban a la performance de la obra en su con-

junto (p. 141). A ellos les dedica el último capítulo de la segunda parte, terminando así de reconstruir la fuerza simbólica de los congresos y su importancia identitaria para el movimiento socialista internacional.

La tercera y última parte está dedicada al análisis de las deliberaciones y acciones del Buró Socialista Internacional (ISB) entre 1900 y 1914. Callahan utiliza dos categorías de demostraciones que para él tipificaron las acciones del ISB. Por un lado, indaga en la emisión de manifiestos a partir del concepto de “demostraciones en papel” de Offerlé. Por otro lado, analiza el patrocinio de demostraciones internacionales masivas a partir del concepto de “demostración insurreccional” de Tartakowsky y del de “demostración rutinaria” de Favre. Callahan sostiene que a través de los manifiestos la Internacional expresaba públicamente un anuncio. Por su parte, a través de las demostraciones masivas hacía presión sobre los gobiernos buscando influir en sus políticas, dado que a pesar de no llamar a la violencia, igual significaban una amenaza para las autoridades por su potencial revolucionario. Oponiéndose a la historiografía que enfatiza el aspecto conflictivo de la Internacional, Callahan sostiene, sin negar las divisiones y los debates que se daban en su interior, que ellos deben ser contrapesados con su capacidad de lograr consensos y acciones coordinadas, como en la lucha antizarista y en la respuesta al arresto y asesinato del luchador anarquista Francisco Ferrer.

El último capítulo aborda el debate sobre la huelga antiguerra y el congreso internacional extraordinario que se llevó adelante en Basilea en 1912, en el contexto de la guerra de los Balcanes. Para el autor, el congreso de Basilea fue el del apogeo de la cultura de la demostración, dándose allí, fusionados, los tres tipos principales de demostraciones previamente estudiados: congresos socialistas internacionales; demostraciones en papel; y demostraciones masivas impulsadas por el ISB. Asimismo, señala que el congreso expuso las limitaciones de la Internacional, lo que se vería poco tiempo después con el estallido de la Primera Guerra Mundial y su disolución (p. 257).

Para explicar por qué se produjo la crisis definitiva de la Segunda Internacional, Callahan vuelve a la coyuntura crítica de 1914. Según el autor, los socialistas no se creían capaces de impedir la guerra pero sí de ejercer una fuerte presión en la esfera pública para evitarla, como habían hecho en conflictos bélicos anteriores. Sin embargo, no pudieron calcular que la guerra se desata-

ría antes de lo que pensaban, haciendo imposibles las tácticas preventivas. Callahan considera que el apoyo a los créditos de guerra que los socialistas realizaron una vez comenzada la Primera Guerra Mundial no es contradictorio con el sentido de un movimiento que era inter-nacionalista, lo que hace del par internacionalismo-nacionalismo dos identificaciones no antitéticas, sino complementarias y conectadas. Por otro lado, sostiene que ese apoyo se dio tardíamente y con resistencias, y la clase obrera no se plegó a la contienda con júbilo, sino más bien con resignación. Por ello el autor se opone a interpretar el apoyo a los créditos de guerra como una traición al internacionalismo.

Al concluir, el autor reafirma su tesis central formulada al comienzo: la Segunda Internacional creó una cultura política basada en la demostración que le permitió consolidar la identidad del movimiento socialista inter-nacional, así como también jugar un importante papel en la esfera pública. De este modo, el libro de Kevin Callahan le devuelve a la Internacional Socialista toda su fuerza y su peso simbólico permitiéndonos problematizar, o al menos matizar, la tesis instalada basada en su fracaso. Asimismo, pone de manifiesto la importancia de los discursos, de los símbolos, y de los ritos y rituales en la compleja tarea de construcción de las identidades políticas. En este sentido, la cultura de la demostración desarrollada por la Segunda Internacional ofrece elementos para indagar en las prácticas empleadas por los movimientos de masas de los siglos XX y XXI.

Al concentrar su análisis sobre la Segunda Internacional en los movimientos socialistas europeos Callahan da cuenta del epicentro de esa cultura de la demostración. Sin embargo, queda aún por indagar cómo se articularon los socialismos no europeos con esa cultura de la demostración que desplegó la Internacional.